

Irma Linares Cruz

por Sara Martínez

Sobre cómo las mujeres deberían ejercer la maternidad hay millones de cosas dichas. El sistema capitalista heteropatriarcal les asigna características, tareas y atribuciones para hacerlas competir con este ideal inalcanzable de “la buena madre”. Pero al final del día no son más que personas. Todas tienen anhelos, pasiones, intereses y preocupaciones propias e independientes de nuestra existencia. Ellas pasan por la vida con tantas dudas y conflictos como lo hacemos las demás. Sin embargo, les exigimos la entrega, dedicación, desinterés y coherencia que en muchas ocasiones nosotras mismas somos incapaces de dar.

Mi mamá siempre ha sido mi mejor amiga. En parte porque es divertida y chistosa; no suelo aburrirme cuando estamos juntas. También porque en ella veo un reflejo del tipo de mujer que siempre he creído/querido ser. Encuentro consuelo al saber que existe un espacio en el mundo para mí y que, además, este puede ser hermoso y lleno de amor. Sin embargo, creo que el factor más importante para esta cercanía que hemos construido es el nunca haberme sentido juzgada por ella. Y toda esta ternura podría parecer natural, algo que se encuentra en abundancia en el Shangri-La del “instinto materno”, pero no es cierto.

La vida nos ha puesto en una serie de escenarios que nos han hecho, a las dos, tener que renovar el compromiso de estar juntas y querernos bien. Hemos aprendido una y otra vez a preguntarnos, escucharnos, saber leer entre líneas, hacernos a un lado y acompañar. Todo esto solo ha sido posible porque entendemos la humanidad que padecemos. Ambas sabemos que nuestros caminos, aunque estrechamente entrelazados por elección propia, son distintos y que nos vamos a fallar más veces de las que quisiéramos. No hay nada incrustado en nuestro ADN, ni en nuestros úteros que nos una en un idilio sin fin. Solo somos dos personas que se quieren y que buscan cuidarse y acompañarse de la mejor forma posible.

Mi madre es una mujer excepcional; hace muchísimas cosas más que cuidarnos, querernos y criarnos. Es una maestra brillante, comprometida y en constante proceso de aprendizaje. Como amiga es leal, certera y constante. Es una justiciera animal y le procura vidas dignas a todas las criaturitas que encuentra. Así fue como terminamos con un caracol de río como mascota. Lo llamó Gary, lo cuidó y le platicó por más de un año y medio hasta que se murió. Sabía a qué hora sacarlo al Sol y cuáles hojitas le gustaba comer más. Con su ejemplo hemos aprendido de ternura, tenacidad, respeto e independencia. Tiene un nombre: Irma; quiero usarlo para que su existencia no pase desapercibida o que su genialidad sea atribuida a su condición de madre de tres. Ella es, ante todo, la prueba inequívoca de que al mundo lo cambian las mujeres que resisten cotidianamente.

Rosalina Morales

por Angélica Álvarez

Rosalina fue una extraordinaria mujer hondureña, hija de campesinos, madre de cinco hijos. Creció en una comunidad rural del departamento de Olancho, siempre soñó con ser maestra de educación primaria, pero su sueño no pudo realizarse ya que sus padres eran de escasos recursos. Por ello, Rosalina no tuvo acceso al sistema educativo superior. Contrajo matrimonio a los 17 años y fue madre a los 18. Tuvo cuatro mujeres y un varón.

Tenía claro que quería una vida diferente para sus hijos, así que luchó para que tuvieran el privilegio de estudiar, de hacer una carrera universitaria. Creía fervientemente que la educación era una herramienta de superación, por lo que educando a sus hijos garantizaría un futuro diferente para ellas y él. Rosalina trabajó muy duro junto con su esposo para educar a sus hijos. El 22 de julio de 2015 Rosalina falleció, dejando un profundo vacío y dolor en sus hijas y familiares. Dejó un gran legado, inculcó en sus hijos principios, valores, les enseñó a volar, a ser libres, independientes. Hoy sus hijas reivindican sus sueños y anhelos, rescatan el sentir y pensar de su madre, Rosalina es una de las mujeres que me inspira tanto, porque fue una guerrera de vida, luchadora, visionaria, porque fue un ejemplo de superación, porque fue un ser de luz, paz y amor, porque fue maravillosa.

Reveca Catu

por Luvia Mux

Reveca Catu, una linda mujer de cincuenta y cuatro años, maya Kaqchiquel de San Juan Comalapa. Es una mujer que desde niña trabajó en la agricultura su padre producía grandes extensiones de trigo, frijol, papa y maíz. Durante su niñez y adolescencia vivió la desigualdad de género, ella tiene un hermano que tuvo mejores oportunidades académicas por ser varón, su padre fue demasiado machista, vivía con la creencia de que la mujer no debe tener oportunidades de superación. A pesar de las limitantes que su padre le impuso, logró estudiar la primaria con muchos sacrificios y demostró que a pesar de todas las dificultades que se le presentaban, podía ser la mejor de su clase, no pudo lograr uno de sus sueños que era ser enfermera pero años después con mucho esfuerzo logró estudiar para ser promotora de salud, su perseverancia, su positivismo ante las dificultades y su cariño fomentaron en mi vida la persistencia para cumplir con mis objetivos y metas; en mi vida es la mujer más importante que día a día me fortalece. Agradezco mi existir a tan linda mujer.

Coronación Pirir Yoc

por María Mercedes Coc

Mujer kakchiquel nació en una aldea mixqueña en una familia de 9 hermanos siendo ella la más pequeña. A los siete años, su madre decidió dejar el hogar, quedando ella a cargo de todos los quehaceres y cuidado de los demás, pasando por muchas precariedades pues el padre era alcohólico-machista. A raíz de eso no fue a la escuela. A los 14 años, sale a trabajar en oficios domésticos para poder ayudar a sus hermanos. A los 35 años se convierte en madre soltera. Ya no podía trabajar en oficios domésticos así que busca cómo sobrevivir y comienza con una venta de frutas y verduras.

Once años después sufre la pérdida de una hija y se devasta en dolor. Busca otra opción de trabajo para superar la pérdida y se dedica a ser conserje en una maquila, pasan unos años y regresa a trabajar en oficios domésticos. Hoy con 74 años, todavía es una mujer muy activa. Desde las cuatro de la mañana está de pie. La admiro porque no dice no al trabajo, sea cual sea.

Es una mujer muy bondadosa, paciente, noble e inteligente. Su virtud más grande es el amor al prójimo, la discreción y la honradez. Esta mujer tan maravillosa es mi madre y la admiro porque su vida no ha sido fácil, pero su corazón no se ha endurecido. Es el ser que impactaría mi vida si me faltara.